bién Alvaro y yo, dirigiéndonos hacia las butacas.

—De esto no hay que perder una nota—dijo Alvaro:—hasta luego.

—Hasta luego,—repetí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

UNA ROMERÍA Y VÍSPERAS DE OTRA

Volviéronse á formar los mismos grupos de comentaristas en el vestíbulo luego que terminó el acto tercero; y como también éste había sido lánguido y deslabazado igual que el anterior, la nota pesimista se acentuaba de tal manera, que había quien daba ya por del todo fracasada la ópera.

—Esto es una debilidad senil del maestro—se oía en un corrillo,—y como tal hay que tomarla. No comprende el pobre que los años no pasan en balde... Le engaña el corazón. Conserva la idea de la belleza artística; pero al darla forma, al llevarla á la ejecución, le faltan las fuerzas y resulta lo que era de esperar, un desastre...

—Más le valía haberse muerto—añadía otro del grupo—antes de haber dado esta nota de decadencia...

—Morir, no se muere uno cuando quiere, sino cuando Dios le llama—replicaba el

33935

primero;—pero podía haber dado por terminada su carrera artística y haberse callado, haberse muerto para el público.

—Poco á poco, señores, poco á poco—dijo un conocido crítico musical acercándose al corrillo:—no se apresuren ustedes á enterrar al maestro Verdi amortajado en su última obra, no sea que todavía resucite... Esperen ustedes á oir el acto que falta, y cambiarán ustedes de opinión seguramente.

—¿Usted ya le conoce?—le preguntaron.

—Porque le conozco lo digo. He presenciado el ensayo general, y...

—Pues lo que es en este acto tercero—le interrumpió uno,—no nos negará usted que no hay nada que no sea vulgar, decadente...

—Tanto como nada... tampoco lo admito. Aquel *Dio te giocondi ò sposo* de la escena segunda, es bellísimo, y hay además, sembrados acá y allá, otros estimables destellos de inspiración artística. No niego que el acto es flojo en general, así como el segundo; pero tampoco pueden ustedes negar que el primero es un acto precioso, y el cuarto... ya me darán ustedes la razón cuando le oigan. Eso sí, tendrán ustedes que convenir en que es admirable, en que es una página de las más bellas y delicadas de la música moderna, página que

bastaría por sí sola para formar la reputación del autor, si no la tuviera ya tan grande, y para asegurar la vida de la ópera. Verdi crea una Desdémona suya, como Gounod creó en el *Fausto* una Margarita propia. Ya oirán ustedes la canción del sauce, que es una balada popular dulcísima... Ya oirán ustedes un *Ave María* tierna, sencilla, infantil, acompañada idealmente por una orquesta que penetra en el alma con las armonías inefables del órgano en un día de primera comunión... Una joya de esas que el arte recoge con veneración y conserva con entusiasmo. En fin, señores, el cuarto acto de *Otello* viene á ser la corona de la ópera, una corona refulgente que deslumbra y no deja ver los defectos de los actos anteriores...

—Le veo á usted tan entusiasmado—le dijo uno de los que le oían—como si se tratara de música wagneriana...

—Y no se trata de otra cosa—replicó el crítico con viveza,—porque no es otra cosa la música de *Otello*...

—¡Hombre!...—dijo uno.

—¿A ver, á ver?—dijo otro.

—Es cosa que está á la vista—continuó el disertante.—Fíjense ustedes en la evolución que ha venido realizando Verdi: en su larga carrera artística se distinguen cuatro épocas bien marcadas. La primera desde el

Nabuco hasta el *Rigoletto;* la segunda desde el *Rigoletto* hasta el *Don Carlos;* la tercera desde el *Don Carlos* hasta la *Aida*, y la cuarta desde la *Aida* hasta el *Otello*, pasando por la *Misa de Requiem*. Hay que fijarse también en que Verdi ha compuesto sus mejores obras por encargo ó por un motivo especial. Obra de encargo para la primera exposición de París fué el *Don Carlos;* obra de encargo para solemnizar la apertura del Canal de Suez fué la *Aida;* obra motivada por la muerte de Manzoni fué la *Misa de Requiem*... ¿Ha tenido Verdi algún motivo especial para volver al trabajo artístico ya en su senectud y componer el *Otello?* Indudablemente... Hacía tiempo que, conversando una vez con algunos amigos sobre materias de arte se había llegado á hablar de la música del porvenir, y había dicho el maestro: *No tengo miedo á la música del porvenir*. Alguien le recordó después su afirmación, y ha querido probarla y sostenerla de la manera más elocuente, componiendo una ópera de la escuela de Wagner. Por eso se ha dicho que el *Otello* de Verdi es una abdicación, y es verdad; pero es una abdicación especial, sublime. Puede decirse que Verdi ha dejado un cetro para empuñar otro y continuar reinando. El anciano maestro ha tenido que sostener una lucha contra su temperamento, contra su educación artística, contra sus tradiciones... ¿Ha vencido en toda la línea?... Ya lo dirá la posteridad; pero vencedor ó vencido, es lo cierto que sale de la lucha cubierto de gloria...

—Tiene gracia—dijo uno de los oyentes queriendo aguarle al crítico el vino del entusiasmo,—no se puede negar que tiene gracia y que es original la idea de presentarnos á Verdi convertido en su vejez al wagnerismo.

—Tendrá toda la gracia que usted quiera, no me opongo—replicó el crítico,—porque la gracia y la verdad no sé que hayan estado reñidas nunca...

En esto sonaron las palmadas de alarma que anunciaban el comienzo del último acto. Había pasado poco tiempo desde la terminación del anterior; pero abreviaban el entreacto en consideración sin duda á las dimensiones de la ópera y á lo avanzado de la noche.

Alvaro y yo nos dirigimos, como los demás, á ocupar nuestras butacas.

—Después te llevaré al hotel ó á donde quieras—me dijo al separarnos en el pasillo central:—tendré ahí el coche.

—Bueno, muchas gracias,—le contesté, y me fuí á ocupar mi asiento.

Los informes del crítico musical resultaron ciertos. El acto cuarto gustó mucho.

Armonía trabajada magistralmente, instrumentación admirable. Se repitió el *Ave María* entre una tempestad de aplausos.

Al salir volvimos á ver al inolvidable crítico en el vestíbulo rebosando satisfacción y rodeado de amigos que le decían:

—Tenía usted razón, maestro.

—¡Muy bien, muy bien!

—Que sea enhorabuena.

—Gracias, señores, gracias—decía él á unos y á otros, añadiendo modestamente: —¡No parece sino que soy yo el autor de la ópera!... Aplaudan ustedes al gran Verdi... y al gran Wagner...—

Cuando llegó el turno á la berlina de Villamoros, nos metimos en ella, dando él esta orden al lacayo:

—Al hotel de R...

Momentos después, subiendo por la calle del Arenal, me dijo:

—El caso es que yo había de tomar algo, porque apenas comí... no tenía gana, como me pasa la mayor parte de los días; y luego, si me acuesto con debilidad, no duermo... Te dejaré en tu hotel y luego me iré por ahí á tomar alguna cosa.

—No: vamos ahora donde quieras—le dije:—no tomo nada, pero te haré compañía, y al mismo tiempo me acabas de contar esa historia... No tengo prisa de acostarme.

—Yo suelo ir á la chocolatería de la calle de la Visitación...—dijo Alvaro.—Si te parece...

—Sí: donde tú quieras,—volví á decirle.

Alvaro tiró entonces del cordón de aviso; se paró el coche, y al abrir el lacayo la portezuela, le dijo:

—A la calle del Lobo, esquina á la Visitación.

Llegamos á la chocolatería; nos sentamos en el cuartito alto de la derecha que da á la calle del Lobo; pidió Alvaro chocolate con pan quemado y un vaso de leche, y mientras le servían, reanudó la interrumpida historia en estos términos:

—Aquellas palabras de mi madre contra las riquezas adquiridas de repente, me hicieron meditar. «Ningún río crece sin enturbiarse», había dicho ella con encantadora sencillez, y dando yo vueltas á aquella frase toda la tarde y toda la noche, me figuraba ya el río turbio envolviéndome impetuoso en cieno de usuras y de rapiñas, á mí, que tenía un árbol genealógico sin una mancha en veinte generaciones... y formaba resolución de huir de aquella corriente oscura y fétida, de apartarme de aquel peligro, contrariando desde luego aquella inclinación perniciosa.

Pero al día siguiente, en cuanto volví á ver á la mejicana en la playa, comencé á

flaquear y fué deshaciéndose poco á poco el efecto de mis reflexiones. Para acallar la voz de la conciencia, me forjaba proyectos románticos de dar á los pobres, en cuanto me casara, todas aquellas riquezas de mal origen, quedándome sólo con la novia... Sofismas y engaños del corazón, que se agarra á todo lo que le gusta, y cuando se trata de arrancarle una presa malsana, se defiende como un desesperado.

Desde el primer día había conocido la mejicana que no me era indiferente, y desde el primer día comenzó á darme á entender que no la desagradaban mis aficiones. Correspondía á las miradas mías con las suyas, me sonreía ligeramente de vez en cuando, me seguía con la vista si me alejaba nadando por el mar adentro, de manera que siempre que me volvía á mirarla, se encontraban mis ojos con los suyos. Cuando era ella la que se internaba en el mar, pues también nadaba admirablemente, y yo el que me quedaba en la orilla, la sorprendía también á menudo mirándome con el rabillo del ojo para enterarse de si yo la miraba, como si para mí expresamente estuviera luciendo sus habilidades natatorias.

El día de la Virgen del Carmen, que era domingo, teníamos que ir á Misa mayor á Trascumbres, como todos los días de fiesta,

porque una Misa que solía haber en la capilla de La Blanca, era muy temprano. Y como era aquél el primer día festivo que venía después de la aparición de la mejicana, llevaba yo curiosidad y esperanza de verla á la entrada ó á la salida de la iglesia. La ví, efectivamente, por mi desdicha, pues me produjo una impresión más honda que todas las veces que la había visto antes. Acostumbrado á verla solamente con una *matinée* carmesí con lunas blancas ó con otra azul del mismo dibujo y sencillo sombrero de paja con un golpe de claveles, que era como se presentaba en la playa, quedéme deslumbrado, absorto, al verla entrar seria y majestuosamente en la iglesia con vestido de seda negro y con mantilla, puesta con una gracia inimitable. «Esta mujer, dije para mí, es irresistible: todo la sienta bien, y la última vez que la veo, siempre me gusta más... Creía yo que de ningún modo podía estar más hermosa que en el traje sencillo y ligero en que la ví la primera vez, y con éste de señora formal que se ha puesto hoy está mucho más hermosa todavía.»

Dos días después, el 18 de Julio, día de Santa Marina, había una romería en el campo, bastante lejos, junto á una ermita de la santa, en un sitio denominado la Pruneda. La víspera por la noche, en la mesa, se habló de ir; pero á las señoras se las hizo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

que era demasiado lo que había que andar, según las noticias que nos daba la camarera, y quedamos en ir solos los hombres. Salimos por la mañana con ánimo de pasar allá todo el día, pues nos habían asegurado que una fonda buena de la villa de La Festosa improvisaba allí cocina y mesas al aire libre y á la sombra de los árboles, donde se podía comer grandemente. Así era verdad, y por este lado no sufrimos quebranto alguno.

¿Estaría allá la causa de mis desvelos?... Yo sí lo esperaba, porque habiendo venido á conocer el país, parecía natural que no perdiera ocasión de verle en sus más caterísticas manifestaciones, como son las romerías. No me engañé: llegó poco después que nosotros, en un carricoche con otras tres amigas; y aunque, pensando ya encontrarla, no debiera haberme sorprendido el encuentro, me causó, sin embargo, agradabilísima sorpresa el verla vestida de aldeana, igual que sus compañeras, pues así acostumbran á ir á las romerías las señoritas de aquel país.

El traje de las aldeanas de aquella zona, la más oriental de Asturias, es de suyo gracioso, y sienta muy bien á cualquier mujer con sólo que sea un poco regularcilla, de modo que en una mujer hermosa y delicada y esbelta como ella, tenía que resultar un prodigio de gracia. Se compone de una basquiña ó una falda, como se suele decir ahora, con muchos terciopelos estrechos por abajo, un justillo blanco muy apretado, y encima un dengue, que ya sabes que no es *manteleta con puntas*, como dice tu amiga la Academia, sino... dengue, con terciopelos estrechos también como la falda; luego una chaquetilla corta, que suelen llevar al hombro sin vestirla, muchas gargantillas, es decir, muchas vueltas de corales al cuello, y en la cabeza un pañuelo pequeño atado al moño, completan el airoso atavío.

El de Amparo Cortina ó el de *Payito*, como oí que la llamaban cariñosamente sus compañeras, tenía cierta gracia especial sobre los de las otras, ó me la hacía á mí por lo menos. La saya era de lanilla gris perla, y los terciopelos que la adornaban por la parte inferior, morados; el justillo era de damasco blanco con flores encarnadas; el dengue y la chaqueta, de la misma tela que la saya, con los mismos adornos; el pañuelo de la cabeza, blanco con orillas azules; llevaba además un cinturoncito estrecho con broche de brillantes, y tres vueltas de perlas al cuello...

Excuso decirte que desde que apareció en la romería no la quité los ojos: no miré nada ni á nadie más que á ella. Cogí del